

"Un Habitante Más"

Salvador Freixedo, S. J.

La acción en La Habana a comienzos de 1958, o sea a la distancia de un año escaso del derrumbe de la dictadura de Batista y de la entrada triunfal en la capital de Cuba de los barbudos de la Sierra Maestra capitaneados por Fidel Castro.

En una residencia de PP. Jesuitas del Vedado suena un teléfono: rrrin... rrrin... Y una voz enérgica, hombruna, pregunta: "Diga Ud., ¿vive ahí un tal P. Freixedo". — Respuesta: "Sí señor, ¿qué desea?" — Pregunta: "¿Es el autor de un folleto titulado "Cuarenta casos de injusticia social?" — Respuesta: "El mismo. ¿Desea Ud. algunos ejemplares?" — Aquí la voz hombruna se torna más ronca: "¿Yo? ¡De ninguna manera! Lo que deseo es decirles a Uds. que el tal folleto y el tal Padre Jesuita están haciendo el juego al Comunismo, y que me voy a quejar al Sr. Cardenal de que les permitan a Uds. esta clase de publicaciones". — Respuesta: "No me extraña su actitud, ni le extrañará al P. Freixedo cuando la sepa. Ya la había él previsto en el prólogo de su libro..." Nuestro interlocutor no nos dejó terminar. Colgó el teléfono con un golpe seco que mostraba su mal humor.

Con todo, el libro en cuestión no se prohibió por el Cardenal Arteaga y, si no para otra cosa, sirvió al menos para probar la falsedad de los que "ahora", desde un club nocturno cualquiera de Miami, se atreven a veces a murmurar: "¿Qué hacían los curas en Cuba?", sin ocurrírseles siquiera pensar que ellos fueron con su miopía burguesa los que entonces frenaron el generoso esfuerzo de muchos trabajadores sociales como el P. Freixedo, sembradores de caridad entre los humildes y cuyo recuerdo constituye probablemente para muchos cubanos la única llamita de esperanza que aún luce en sus corazones.

He aquí el texto de uno de los capítulos del folleto en cuestión. (1)

Este no es estrictamente un caso de injusticia social en el que un poderoso abuse de un pobre. A no ser que veamos en él a la poderosa sociedad desconociendo y olvidando al pobre que no tiene casa decente donde vivir.

Es sobre todo una comparación en la que salen muy mal paradas las clases pudientes. Una lección que esos, que frecuentemente son llamados "chusma", dan a la "high life". Si fueses capaz de ver las hondas virtudes cristianas, las reales y verdaderas virtudes cristianas —no de pacotilla— que tan frecuentemente hay en el fondo de esas gentes a las que tú, católico de Misa dominical, has poco menos que sentenciado ya al infierno, al verlos que no cumplen esos preceptos más externos de la Religión...!

(1) S. Freixedo, S. J., "40 casos de injusticia social. Examen de conciencia para cristianos distraídos". La Habana, CIAS. 1958.

Manuel García no sabe leer. Vive en uno de esos barrios que son el baldón y vergüenza de nuestra civilización. En una guarida con el suelo de tierra; una sola pieza de unos cinco metros de ancho por cuatro de fondo —¡mídelo bien en tu imaginación!— Sin agua corriente, sin servicio, sin cocina, sin ventanas. Para no perder tiempo describiendo aquella mugre doméstica, te lo sintetizaré todo en una frase: la casa le costó quince pesos.

Manuel García, que es toda una enciclopedia de incultura, vive en aquella “casa” con su mujer, un hijo de ocho años, otra de seis, otra de tres y un chiquito de dos.

Del otro lado del hediondo arroyo que los divide, vive un misterioso individuo de color, llamado el “Galleta” en compañía de una hijita suya, de dos años de edad. El “Galleta” llegó un día al barrio sin saber nadie de donde; no se le conoce mujer alguna, y paga un peso mensual de alquiler. Apenas habla con nadie y tiene fama de querer mucho a su hijita.

Pero un buen día el “Galleta” desaparece misteriosamente. La criatura no hace más que llorar. Manuel García la oye desde su cama por la noche. Da un codazo a su mujer. Ya ella sabe lo que tiene que hacer. Se levanta, trae a la niña. A tientas —porque los pobres no son clientes de la Compañía Cubana de Electricidad— abre la gaveta, coge un mendrugo de pan que está allí desde la víspera, lo moja en un poco de melado que su marido había conseguido del central de Toledo, se lo pone a la criatura entre las manos, y sin más preambulos, levanta un poco la negra sábana con que cubren la cama, y la mete allá hacia el fondo en compañía del más chiquito, que duerme también por allí enroscado entre los pies de sus padres. A Manuel García, aquella noche le nació una hija más.

Al día siguiente, esa mujer desgredada y sucia, volverá a insultarse con la vecina y a decir toda suerte de malas palabras; y ese incógnito Manuel García, saldrá al trabajo —porque trabaja y gana sesenta y cinco pesos— y volverá a jugar a la charada, y volverá a meterse dos cervezas seguidas, y volverá a violentar un poco el séptimo mandamiento, un poco nada más, aprovechándose de un descuido que tenga algún vendedor de viandas del mercado de Marianao.

Para la sociedad, este matrimonio —que por supuesto no está casado ni por la Iglesia, ni siquiera por lo civil— es sólo un par de “habitantes”.

Pues este par de habitantes, todavía hizo más.

Llegó un hermano de Manuel, de Santa Clara, muy enfermo. Se hospedó, como era natural, en casa de Manuel. Ingresó en el Hospital. Dijeron que la operación había salido bien. El fue agravándose y murió. Manuel y su mujer lo acompañaron al cementerio. Compraron un ramito de flores que ya había sido usado la víspera. La tierra se encargó del resto.

¿Qué más hizo Manuel? Pidió dinero prestado. Como no le llegaba, fue al garrotero. Tomó una guagua y se fue a Santa Clara. Se encontró que su hermano dejaba seis hijos. Tomó al más chiquito, de tres años, y se lo trajo con él.

Ahora, lector acomodado, yo quisiera que te asomases a ese tugurio y rumiasen un poco de la enorme lección que te dan ese par de “habitantes”.

Mira ese montón de harapos. Ahí duermen un hombre y su mujer. Levanta ese trapo sucio con que se cubren y encontrarás tres criaturas más. Uno es hijo de ellos; otro es sólo hijo de un hermano y el otro no es absolutamente nada de ellos; ni saben quién es su madre y, por no ser, no es ni siquiera de su misma raza. Y Manuel García sin hacer grandes aspavientos, con una naturalidad divina, los cría y los admite a todos a compartir el lecho en el que él duerme con su mujer!

Compara al habitante Manuel García con cualquier doctor Manuel García y puede ser que te encuentres con esto:

El Dr. Manuel García tiene un título Académico.
El habitante Manuel García tiene antecedentes penales.
El Dr. Manuel García está casado por la Iglesia.
El habitante Manuel García no lo está ni por lo civil.
El Dr. Manuel García va a Misa todos los domingos.
El habitante Manuel García no sabe qué es eso.
El Dr. Manuel García manda sus hijos a Colegios Religiosos.
El habitante Manuel García tiene hijos analfabetos.
El Dr. Manuel García tiene nada más dos hijos.
El habitante Manuel García tiene cuatro hijos.
El Dr. Manuel García no quiere tener más hijos suyos.
El habitante Manuel García ha admitido dos más, ajenos.
El Dr. Manuel García gana doscientos pesos a la semana.
El habitante Manuel García gana sesenta y cinco pesos al mes.
A la Magdalena "se le perdonó mucho porque amó mucho".

A los innumerables Manuel García se les perdonará todo porque han tenido un gran corazón.

A los innumerables Manuel García se les perdonará todo, a pesar de que han desconocido los mandamientos segundos, porque han cumplido heroicamente el Primer gran mandamiento de la Caridad.

A los innumerables habitantes Manuel García les dirán: Entra en el reino de los cielos, porque tuve hambre y me diste de comer, y estaba desnudo y me vestiste, y me abandonó mi padre y me recibiste en tu misma cama.

A los muchos doctores García no sé lo que les dirán.